

«Haced, ¡oh Dios! que seamos ayudados por los méritos del Esposo de vuestra Madre Santísima; á fin de que *lo que somos incapaces de obtener*, nos sea concedido por su intercesión. Vos, que siendo Dios vivís y reináis con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod POSSIBILITAS NOSTRA NON OBTINET, ejus nobis intercessione donetur: qui vivis et regnas cum Deo Patre, in unitate Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen. (1)

(1) Oratio principalis in festo S. Joseph.—No podemos dejar de citar las hermosas palabras de Santa Teresa, sobre la devoción á Señor San José. Aunque se encuentran en todas partes, sin embargo, quizá muchos no las conocen todavía, y los que las conocen pueden sin inconveniente volver á leerlas.

«No me acuerdo hasta ahora, dice la Santa, haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre

CAPÍTULO V.

Cómo el glorioso Señor San José es patrón de los esposos y de los padres.

PROPOSUIT (*Deus*) in eo, in dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et quæ in terra sunt, in ipso.

(1) Cuando la plenitud de los tiempos hubo llegado, Dios se propuso *restablecer* en Jesucristo todas las cosas, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra.

Lo que será en la patria este *restablecimiento* y esta *instauración* celestial, es lo que no podemos comprender todavía al presente en las tinieblas de nuestro destierro; y ape-

siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan.

(1) Ephes., I.

nas si podemos de lejos presentir alguna cosa de ello. Mas el *restablecimiento* ó la *instauración* terrena no se oculta tan completamente á nuestras miradas: y aunque sus grandezas estén aun encubiertas y ocultas por muchos velos, podemos ya, comparando los tiempos y las épocas, comprender un poco lo que Dios por Jesucristo ha hecho en favor nuestro.

Desde el pecado de Adán no hay nada sobre la tierra que no marche hacia la decadencia y la ruina. En el hombre, fuente primera de todo el mal causado por el pecado, estas degradaciones progresivas son mas grandes y mas sensibles; pues *baja* mas rápidamente en su inteligencia y en su voluntad,

Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para mas bien mío... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia, el gran bien, que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción, en especial personas de oración, siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que los ayudó en ellos." (Cap. VI).

asi como en su longevidad y en sus fuerzas corporales. Y puesto que las relaciones sociales que forman la familia están arraigadas en la nobleza individual é interior de cada alma, la santidad de la familia debe declinar más y más, y las diversas relaciones que tienen entre sí sus diferentes miembros deben alejarse más y más de las suaves armonías del plan divino para perderse en la tiranía, en la indiferencia y en el odio.

Mas al mismo tiempo que el espíritu del mal prosigue y aumenta su funesta victoria, Jesucristo, *renovador* del mundo nuevo de la gracia, cicatriza nuestras heridas, y restablece en los individuos, en las familias y en los pueblos, las líneas primitivas que deben realizar de nuevo y reproducir en nosotros el plan divino. Jesucristo, *disolviendo todas las obras del diablo*, (1) devuelve á cada uno de nosotros la gracia divina, y repara así, por una consecuencia necesaria todas esas irradiaciones de la vida individual que constituyen *la familia*. A medida que los tiempos avanzan y que la Iglesia va madurando para el cielo, la obra de Jesucristo se perfecciona y se acaba; y apesar de las infidelidades de

(1) Joan., III

los hombres, su mano poderosa gobierna con imperio las inteligencias y los corazones, y los obliga á conformarse á sus designios.

Esta reparación de la familia criastiana en ninguna parte se manifiesta con tanto esplendor como en la humilde casa de Nazaret, en donde Jesús, María y José, el Hijo de Dios, la Madre de Dios y el Esposo de la Madre de Dios, constituyen una sociedad encantadora por su pureza, una sociedad toda celestial que los ángeles contemplaban incesantemente con admiración respetuosa. (1) Jesucristo es la fuente de toda renovación verdadera: era pues necesario sin duda ninguna que su acción benéfica se concentrase mas poderosamente sobre aquellos que se encontraban unidos con él por los lazos mas íntimos y mas estrechos. Era necesario que Señor San José su Padre, y María su tierna Madre, formasen con él una Familia perfecta que debiese servir de ejemplar á las generaciones futuras hasta la consumación de los tiempos.

(1) Oh quam dilecta Trinitati, Patri, Filio et Spiritui Sancto domus illius Trinitas: Christus, Maria, Joseph! Nil charius, nil melius, nil in terris erat excellentius. Invidebat terris tales habitatores coelum, utique coelo digniores quam terris. (*Joan Gerson, serm. Nativ.*)

Tratemos pues, si nos es posible, de introducirnos en este divino Santuario, en donde la humanidad regenerada, reconquistada su pureza primitiva, recibe gracias tan inefables que el mismo Adán no conocía en los días de su primera inocencia. Acerquémonos con gran respeto, porque es la Familia que deseamos contemplar, es la Familia de María, la Madre de Dios y de Jesús, el Hijo de Dios. Acerquémonos con amor, porque bajo este techo bendito la dignidad mas alta está templada por la mas tierna caridad. Acerquémonos con un celo llenó de ardor, porque José y María, lo mismo que Jesús, trabajan en darnos modelos para dirigir las acciones de nuestra vida; y los tres pueden decirnos con tierna dulzura: «Os he dado el ejemplo, á fin de que como yo lo he hecho, lo hagais vosotros del mismo modo.» (1) Mas, puesto que no tenemos que considerar ahora de una manera especial al Santísimo Niño Jesús, ni á su bienaventurada Madre, fijémonos fielmente en el glorioso San José, y contemplemos en él, el ejemplar y el patrón de los esposos y los padres.

Muchos hay que desde su mas tierna ju-

(1) Joan XIII.

ventud, desde la flor de su adolescencia, se apresuran á prodigar locamente los tesoros de vida y de amor que Dios encierra en el corazón del joven, así como encierra en el grano el árbol con sus flores y sus frutos. Muchos son los que se apresuran á gastar sin reserva esa primera pureza del alma que Dios renueva á cada generación que viene al mundo, á fin de mostrar que es siempre el mismo Dios cuya mano bienhechora ha creado al universo, puro de toda mancha y de toda falta. Así es que, cuando estos disipadores insensatos llegan á los días serios del matrimonio, ¿qué les resta ya que dar á la que escogen para madre de sus hijos y para compañera de su vida? Todo está marchitado en ellos por el invierno de una vejez prematuramente avanzada: una alma manchada en un cuerpo manchado, es todo lo que traen á esa augusta sociedad conyugal, que debe hacer nacer en la Iglesia una nueva generación de fieles, pura, inocente, y si pudiese ser, inmaculada.

Mas no es por estos funestos senderos por donde ha caminado el glorioso Señor San José, ese lirio de virginidad, destinado por la Providencia divina á unirse con la Virgen de las vírgenes, José como una flor que teme abrirse demasiado pronto, y librar al venda-

bal los ricos perfumes de su cáliz, vivía casto y modesto, dulcemente recogido en su alma, sin derramar en ninguna humana criatura los torrentes preciosos de ese amor que debe reservarse todo entero para la esposa que Dios dá; José, sin la solicitud de una desgraciada concupiscencia, esperaba en silencio la manifestación de los designios de Dios sobre su persona, pronto á dar su amor á la que le fuese designada por la divina Providencia, y pronto á reservar para su Dios todos los tesoros y á consumirse castamente en su presencia como la lámpara que arde en la noche en el santuario, visible solamente á los ojos de Dios. Así pues, ¡qué don tan rico y precioso concede el Señor á esta virginidad tan caramente conservada! ¡Una esposa! Mas ¡qué Esposa! ¡María, el conjunto inefable de todas las bellezas y de todos los dones divinos!

Y vosotros también, hijos de los hombres, esperad á ejemplo de José, que la voluntad de Dios se os manifieste por alguna señal que podais seguir con prudencia. Esperad; mas en la fuerza de cuerpo y de alma, en esa continencia perfecta que no es empañada ni aun por la ligera nube de un pensamiento menos reservado y menos modesto. Acordaos que

las almas impuras encuentran, por un castigo de la justicia divina, unas esposas, que llevan los mismos estigmas de la concupiscencia y del vicio; y que las esposas santas están reservadas á los cuerpos castos y á los corazones puros. Esperad con valor y con paciencia: Dios os reserva grandes bienes; y cuando sea tiempo de recompensar dignamente la virtud que hayais guardado, veréis aparecer á vuestro lado á la que Dios os destina, á la que Dios os trae, adornada de los ricos dones de una pureza virginal; como en otro tiempo presentaba á Eva, nuestra primera madre á las miradas encantadas de su esposo; (1) y como mas tarde presentaba la Flor de los vírgenes al mas casto de los hombres, al Príncipe de los vírgenes, al Señor San José.

Mas ¿quién podrá decir los sentimientos de respeto, y la inefable modestia que dirigían todas las relaciones de los dos esposos de Nazaret? Que los hijos de los hombres contemplen esta sociedad tan pura de María y de su Esposo; y que la vista de sus acciones

(1) *Ædificavit Dominus Deus costam, quam tulit de Adam, in mulierem: et adduxit eam ad Adam. Dixitque Adam: Hoc nunc os ex ossibus meis, et* (Gen. II).

nes tan púdicas, y tan santas, los haga avergonzarse de las groseras pasiones y de los vergonzosos transportes por los cuales destruyen el plan de Dios, y marcan con un estigma de vergüenza la concepción de sus hijos.

Decía el ángel á Tobías: «Hay esposos que arrojan á Dios de sus pensamientos, para ocuparse en sus desórdenes como los animales.» (1)

A estos los tiene el demonio bajo su poder: *Habet potestatem dæmonium super eos.* (2) Y mueren sin dejar tras de sí una posteridad que les sobreviva mas allá del sepulcro. O si acaso Dios les concede el don de una fecundidad de la cual se hacían indignos, muchas veces esta gracia se cambia en un terrible castigo; porque trasmitiendo á sus hijos el beneficio de la existencia, les dan al mismo tiempo el gérmen de los pecados que dictaron y mancharon su concepción. Mas tarde estas primeras plantaciones de malicia se desarro-

(1) *Qui conjugium ita suscipiunt, ut Deum a se et a sua mente excludunt, et suae libidini ita vacent, sicut equus et mulus, quibus non est intellectus.* (Job, IV).

(2) Job, VI.

llan por los incrementos que traen los malos ejemplos de sus padres; y Dios, aun desde esta vida sabe castigar por las faltas y las infamias de los hijos, los pecados de aquellos que los engendraron en medio de las pasiones y de los vicios.

Por el contrario, si se encuentran dos esposos santos y modestos, que marchen según la medida de su vocación, por las huellas de María y de José, y que sepan llevar hasta en el matrimonio, algo de ese afecto respetuoso que el hermano y la hermana deben sentir el uno por el otro, Dios bendice una sociedad tan conforme al ejemplar que nos ofrece bajo el techo de Nazaret. María, Virgen, y José, Esposo sin mancha, reciben de lo alto como premio de sus virtudes, ese Niño divino, á quien los fieles adoran: del mismo modo los esposos que santifican sus días por un amor lleno de reserva, obtienen, aun desde esta vida, la recompensa de sus obras; y los hijos que nacen de ellos, adornados con las mas felices disposiciones, parecen imitar de lejos, la gracia, la obediencia, y también, mas tarde, el valor y la generosidad del Divino Niño Jesús.

José no deja inutil entre sus manos el centro de la autoridad conyugal. Como Jefe de toda la santa Familia, él es quien dirigía á la

Santísima Virgen, y quien le manifestaba por sus palabras las voluntades de Dios respecto de su persona. También María, cuando habla de su Esposo, tiene gran cuidado de ponerlo en el lugar de honor, y de nombrarlo el primero, como conviene al Jefe de la familia. «Vuestro Padre y yo, dice á Jesucristo cuando fué hallado en el templo, *vuestro Padre* y yo, os buscábamos con dolor.» (1) El Evangelista San Lucas instruido por el ejemplo de Aquella á quien profesaba una veneración llena de ternura sigue una marcha semejante. Si habla de la admiración que se apodera de José y de María al oír la profecía de Simeón, coloca al Patriarca José en el primer lugar: «*Su Padre y su Madre*, nos dice estar maravillados por las cosas que se decían de su Hijo.» (2) Los ángeles no ignoran tampoco la superioridad de José sobre Jesús y María: cuando se trata de dejar la Judea para huir á la tierra del destierro; y cuando se trata de dejar la tierra del destierro para volver á la Judea, á Señor San José es á quien se dirigen para manifestarle cuál es la

(1) Luc. II.

(2) Erant pater ejus et mater mirantes super his quae dicebantur de illo. (Luc., II.)